

# La Semana Ilustrada

Año I.

Redacción: Marqués de la Ensenada, 8.  
Administración: Mesonero Romanos, 31.

Madrid 9 de Noviembre de 1907

10 céntimos-Número suelto-10 céntimos.  
Año, 5 ptas. Semestre, 3. Trimestre, 1,50.

Núm. 28.

## UN DUELO ORIGINAL ENTRE DOS SEÑORITAS RIVALES



MUERTE DE UNA DE LAS CONTENDIENTES

(VEASE EL RELATO EN LA PLANA 3.ª)



## NUESTRA PRIMERA PLANA

## Un duelo original entre dos señoritas rivales.

Prueba lo mucho que avanza el feminismo, lo acontecido en Jeuber entre dos señoritas que se disputaban «la blanca mano» de un capitán.

Las dos eran, según ha contado toda la prensa, jóvenes, bonitas y valientes. Estaban empleadas con magníficos sueldos en una importante casa de comercio, y se llamaban Reiter la una y la otra Marina. La primera, de veinte años y con tez morena; la segunda, de diecinueve años y rubia como el oro.

Ciegamente se disputaban el amor de «su capitán». Reiter, con arrebatos de histérica y vehemencias de mujer ardorosa y apasionada. Marina, con tranquilo y reflexivo tison, sin impaciencias, haciendo gala de imperturbable fidelidad sajona.

Como ninguna de ellas quería dejar el puesto a su contraria, decidieron que el duelo ventilase tal cuestión, resolviendo la muerte lo que era imposible solucionar viviendo las dos rivales.

Concurría la circunstancia agravante de que el favorecido capitán había dado a las dos palabra de ma-

trimonio. No imaginó nunca el militar-tenorio las terribles consecuencias de su ligereza.

El duelo celebróse en un bosque próximo a la ciudad. Fué a pistola y en condiciones durísimas. Pocos hombres aceptarían tan peligrosas cláusulas en un lance: a diez pasos, disparos simultáneos, sin testigos y sustituyendo la voz de mando por la caída de una hoja.

¡Qué detalle más poético de este duelo otoñal! La caída de la hoja haciendo de señal, como si fuese la voz de ifuego!

Y es que el espíritu femenino impregna de romanticismo a las más crueles tragedias. La rubia Marina, con su aplomo y serenidad de siempre, apuntó admirablemente, hizo blanco e incrustó una bala en la linda cabeza de su adversaria. Esta cayó desplomada y falleció a los pocos momentos.

Las autoridades intervienen en el asunto, y la opinión del mundo entero comenta el trágico fin de este desafío sin ejemplo. Una hija que cae, una existencia que sucumbe y una ilusión que llora marchita.

José D'Alessandro. Este amaba locamente a la señorita Elvira Scalinici, una preciosa muchacha de veinte años, quien le correspondía con igual pasión; pero la familia de ella se opuso a sus bodas, por el carácter extravagante del novio, y concedió la mano de la señorita a otro rico propietario de Caserta.

Elvira, para la que D'Alessandro era todo su ideal, toda su vida, enfermó y murió, víctima de su inmenso amor.

A los pocos días (era entonces el mes de Mayo de este año), José D'Alessandro desapareció de Rocca d'Evandro, y, a pesar de las pesquisas que se hicieron para encontrarlo, nadie volvió a tener la menor noticia de él; así es que unos creyeron que se hubiera suicidado, y otros que se hubiese marchado a América para olvidar el doloroso fin de sus amores.

Hace unos meses los señores de Colantoni, residentes en Baía Latina, recibieron la visita de un caballero que les pidió alquilado su hotelito. El caballero pagó el alquiler de ocho meses y dió su nombre: Lodovico Krebel. Pero no dió más datos acerca de su persona. Por otra parte, su aspecto triste, brusco y sombrío no era para inspirar ganas de pedirle muchas explicaciones. El dijo tan solo que estaba cansado por haber trabajado muchos años y que necesitaba descanso y soledad.

El hombre traía unas maletas, llenas de ropa blanca; y de una mujer de la localidad, cierta Maria Loreto, compró una cama de hierro y unos muebles indispensables. Después de haber tomado posesión del hotelito, se marchó del pueblo y regresó a los cinco días. Esta vez llevaba consigo un cajón que no quiso entregar a nadie, ni por un momento; él solo lo descargó del carrito en que lo había traído, y lo subió a su casa, rechazando la ayuda que le ofrecían los aldeanos. Desde aquella fecha el hombre se encerró en su casa, llevando una vida de ermitaño. Valiéndose de una cestita y de una cuerda, acostumbraba hacerse él mismo la compra, adquiriendo legumbres y fruta de los revendedores ambulantes que pasaban por la carretera. No salía del hotelito casi nunca, y si alguna vez se decidía a ir a tomar una bocanada de aire, vagaba por la campiña con una manera de andar tan rara, que los chicos de los alrededores

quien decidió averiguar lo que hacía ese misterioso caballero durante las largas horas en que se quedaba encerrado en su casa, con las puertas y las ventanas herméticamente cerradas.

La curiosidad de los aldeanos hubo de hacerse aún más intensa, por el hecho de que Krebel no contestaba nunca a los que le saludaban al andarse respetuosamente el sombrero si contestaba, lo hacía con



un aire de tan profundo desprecio, que acabó por merecerse las antipatías y el odio de todo el pueblo.

Por obra de éste, organizóse, pues, un verdadero espionaje alrededor del misterioso hotelito; pero en bastantes días no fué posible descubrir nada.

Finalmente, un día, una muchacha, cierta Asunción Imparato, apoyando una escalera de mano en la fachada posterior del hotelito, consiguió echar la vista dentro de una habitación, al través de un intersticio de una ventana. Cinco o seis compañeras suyas estaban al pie de la escalera, esperando conocer el resultado de esa indiscreción. De pronto, Asunción hizo un gesto elocuente: había descubierto algo.

Bajó cautelosamente de la escalera y se alejó del hotelito, seguida por sus amigas.

Cuando estuvieron en un lugar solitario, la muchacha dijo a éstas con mucho misterio: «¡Hay una mujer allá dentro! Ese hombre tiene consigo a una mujer; la he visto

para aclarar semejante misterio subió de punto.

Ahora ya era preciso saberlo todo a toda costa. ¿Porqué ese hombre tenía tan oculta a aquella mujer, y porqué nunca salía ésta del hotelito, ni se asomaba siquiera a la ventana? ¿Qué pasión tan loca y desdichada del mundo unía a esos dos seres?

A estas preguntas, algunos hombres resueltos decidieron buscar una respuesta tan satisfactoria como inmediata. Establecióse, pues, en torno del hotelito un activísimo servicio de vigilancia. Alguien había llegado hasta proponer penetrar en el edificio cuando el caballero hubiese salido a dar uno de sus acostumbrados paseos. Otros proponían, en cambio, parar a ese hombre e interrogarle.

Todo en balde. El hombre, como si presintiera lo que iba a sucederle, desde aquel día no volvió a ausentarse de su casa, ni siquiera unos minutos. Pero a nadie se le ocurrió poner a los gendarmes de los dos pueblos más próximos, en conocimiento de lo que estaba pasando.

Entonces un campesino, llamado Palumbo, decidió valerse de otro medio. En frente de la ventana, desde la que se había divisado a la mujer, hay un árbol muy alto. Pues bien; anteayer, cuando en el interior del hotelito no se percibía el más leve ruido, el campesino trepó por el árbol, con el aparente objeto de podarlo, pero sin quitar la vista de la ventana sospechosa, que estaba ligeramente entornada.

De repente, Palumbo se llevó las manos a la cabeza, y, como si fuera presa de un incubo, estuvo a punto de dejarse caer de espaldas y precipitar al suelo.

Había visto algo de monstruoso, de increíble, de aterrador.

El supuesto Krebel cenía con sus brazos a una mujer inmóvil y rígida a un pobre cadáver pálido y tieso, con los ojos abiertos. El aldeano vió caer una lluvia de espasmódicos besos sobre la frente, sobre los ojos, sobre los labios de la difunta, y luego...

A mi pluma la repugna escribir lo que ese pobre aldeano vió luego...

Este bajó, o cayó, casi desmayado, del árbol, y estuvo cerca de un cuarto de hora sin poder articular palabra, oprimido, aterrado por tan horrible escena.



## DESDE ROMA

(DE NUESTRO CORRESPONSAL)

«¡Usque ad mortem et ultra!»

La aterradora historia de unos amores macabros.

Roma, 31 Octubre de 1907.

Casi todos los periódicos italianos han llenado hoy muchas de sus columnas con el impresionante relato de un gravísimo hecho que acaba de descubrirse a corta distancia de Caserta, y que puede decirse absolutamente nuevo en los anales de las crónicas modernas. Realmente, trátase de un horrible y repugnante caso de amor macabro, que ha sancionado materialmente el famoso *usque ad mortem... et ultra*.

La historia napolitana nos habla de un joven fraile de la iglesia de Santo Domingo, que, habiendo recogido en la escalera del palacio de los de San Severo el cadáver de una noble y bella dama matada por su marido (quien la había sorprendido en flagrante adulterio), quedóse locamente prendado de aquel hermoso cuerpo exánime y ensangrentado, pero todavía caliente, y en un paroxismo de voluptuosidad, lo violó.

En España no hay nadie que ignore que Inés de Cortes fué la heroína de una de las más trágicas historias, popularizada por la poesía y la leyenda. La hermosa española, amante de Don Pedro, hijo de Alfonso IV, fué asesinada por orden de éste; y Don Pedro, tan pronto como hubo ascendido al trono de España, mandó exhumar el cadáver de ella, y con gran pompa celebró sus nupcias con el esqueleto de su amada.

Por último, generalmente conocida es también la historia del sargento Renard (en los tiempos de Napoleón III), quien violaba las tumbas del cementerio de Rennes, impulsado a ello por la forma más tremenda de psicopatía sexual: la necrofilia.

Pero lo que acaba de ocurrir en el pueblo de Baía Latina (provincia de Caserta), supera, por el horror que inspira, aquellas historias napolitanas, españolas y francesas, obligándonos a remontarnos con el pensamiento a los tiempos de los Fenicios, que gozaban tan triste fama de necrófilos. Al fin y al cabo, el monje de Santo Domingo hubo de violar un cadáver arrastrado a ello por un momentáneo delirio. Don Pedro quiso legitimar, con sus macabras bodas, a los hijos tenidos con su amante asesinada; y el sargento Renard, llevado por su extraña y criminal pasión, pasaba de uno a otro cadáver. Pero el enamorado al que me refiero, ¡ha pasado toda una luna de miel con el cadáver de su amada!

El fúnebre héroe de la presente historia es un propietario del pueblo de Rocca d'Evandro, en la provincia de Caserta también; un hombre de unos treinta y ocho años, alto, moreno, robusto y simpático, llamado



empezaron a llamarle *el loco*. Al poco tiempo todo el mundo lo llamaba así.

Comenzó entonces a divulgarse alguna que otra leyenda acerca de él. La curiosidad de los habitantes de la aldea fué aumentando de día en día. hasta que, por fin, hubo

perfectamente. Estaba sentada en las rodillas de él; y él la besaba no sólo con furia, sino más bien con frenesí...

Esta noticia se propagó en un santiamén por toda la aldea, con lo cual la curiosidad general se acrecentó todavía más y la ansiedad

Cuando por fin pudo hablar, contó, como mejor pudo, lo que había visto.

Entonces se decidió, sin más, darle asalto al hotelito. En un momento, los campesinos se armaron de estacas y azadones, y comenzaron a golpear furiosamente el portal del



edificio. Al pronto, Krebel no contestó; pero luego se avino a entreabrir la puerta y preguntó:

—¿Qué quieren ustedes?  
—¡Queremos entrar!—le contestaron á coro los aldeanos.

Krebel no pudo dominarse; volvió á cerrar la puerta, y fué á buscar un revólver con el que amenazó á la muchedumbre. Pero uno de los aldeanos le hizo frente, sin miedo alguno, y Krebel, viéndose perdido, se abrió paso con el arma en la mano, y huyó gritando, sin que nadie pudiera dárle alcance.

\*

La muchedumbre hizo irrupción en el hotelito. Allí estaba el cadáver, tendido en una cama. «Con sus ojos desencajados—cuenta una viejecita—, parecía pregunta al Cielo el porque de la profanación horrenda á la que se le había sometido.»

El cadáver estaba lujosamente ataviado, como puede estarlo una muchacha que se va á casar: un riquísimo traje de seda blanca, unas medias caladas de seda azul, un par de zapatos blancos, un collar de magníficas perlas en derredor del cuello, dos pendientes de brillantes en las orejas, y, prendidos en el pecho, un imperdible de diamantes y un ramito de azahar.

Además, el cadáver llevaba puesto sobre el cráneo una soberbia peluca rubia, cubriendo la cabellera esterilizada por la muerte, y tenía la cabeza envuelta en una finísima venda de seda, destinada á sujetar la peluca, y, acaso, á atenuar, bajo los besos, la mortal algidez de la frente.

\*

Mientras unos cuantos de esos buenos aldeanos estaban trasladan-

do el cadáver á una casa cercana, para sustraerlo á ese ambiente horrible, otro aldeano, buscando por la habitación, encontró un librito de memorias, por el que se averiguó que el supuesto Krebel era realmente José D'Alessandro.

En ese libro se contiene, entre otras, una página con fecha dieciséis de Mayo y las frases siguientes: «... Elvira está muriéndose, pues perderé con ella toda esperanza de felicidad y mi alma quedará

na, mientras el sol besaba la tierra impregnada de perfumes y fecunda de vida, he besado una vez más á mi Elvira. La he hablado, la he dicho otra vez cuán fuerte, ardiente é inextinguible es mi amor. Y ella me ha contestado con su voz divina: —¡Sí, yo también te amo!—Y ha rozado mi rostro con sus labios adorados. ¡Elvira, te adoro; tesoro mío, vida mía!...»

Esta terrible página es la última del diario.



sola y dolorida. Ella morirá, y nunca jamás su imagen divina vendrá á aliviar mis penas y á endulzar mi triste existencia. Pero juro, ante Dios y ante los hombres, que, aun muerta, ella será mía.»

Según se desprende de estas palabras, el repugnante propósito habíase apoderado ya del ánimo de José D'Alessandro, desde antes que la pobre Elvira Scalinci falleciese!

Otra página del mencionado diario lleva la fecha del día 20 de Octubre, y dice así: «... Esta mañana,

En las demás hojas hay una narración minuciosa, íntima, profunda de la pasión criminal de ese desdichado, el cual, mencionando los obstáculos opuestos á sus amores, estigmatiza con palabras violentísimas la maldad y la bellaquería de los hombres.

\*

En el primer ímpetu de su terror, los campesinos, satisfechos con haber tratado á esos pobres restos mortales con todas las considera-

ciones aconsejadas por la humana piedad, no se cuidaron de notificar lo ocurrido á las autoridades, limitándose á enterrar el cadáver.

Pero luego, un aldeano, habiendo encontrado apuntado en el librito de memorias las señas de la familia de Elvira, escribió al padre de ésta.

La primera impresión del infeliz viejo y de sus parientes, al recibir esa carta, fué de que se trataba tan solo de una broma pesada. Sin embargo creyeron oportuno comunicar el caso á las autoridades judiciales de Caserta, y, á la vez, enviar á un amigo suyo á Baía Latina, para que averiguase lo que había de verdad en la carta.

Así que el amigo pudo comprobar la exactitud del horrible descubrimiento, regresó á Rocca d'Evandro; y á la presencia del juez municipal se destapó la tumba de Elvira, encontrándose en ella, en lugar del cadáver, ocho ó nueve piedras de gran tamaño. Entonces, el juez mandó trasladar el cadáver á Rocca d'Evandro, y desde luego encargó á dos médicos que sometiesen el cuerpo de la muchacha á un examen necroscópico.

En efecto; los dos médicos procedieron á ese examen, por cuyos resultados dedujeron que el cadáver hubió de ser exhumado al segundo ó al tercer día de haber sido enterrado.

Evidentemente, José D'Alessandro, tan pronto como la tuvo en su poder, practicó en él unas inyecciones de formalina y de otras sustancias químicas (cuyas huellas fueron encontradas por los médicos), con objeto de conservar aquellos restos en buen estado.

Pero otra circunstancia aún más horrible y repugnante fué puesta en claro con un minucioso análisis del

cadáver; y es que—como se temía—éste fué sometido por su perverso profanador á ultrajes indecibles.

Desde esta mañana, la desventurada Elvira duerme su postrer sueño en el tranquilo cementerio de Rocca d'Evandro.

Cuanto á D'Alessandro, se sigue sin conocer su paradero, no obstante las pesquisas hechas para capturarlo.

Unos dicen que ha ido á arrojarle en el lago Fusaro, cerca de Caserta; otros, en cambio, pretenden saber que se ha embarcado ya para América, habiendo adquirido el pasaje de antemano. Pero lo cierto es que, hasta ahora, nadie ha vuelto á ver á ese desalmado loco y criminal.

TEDESCHI.



## FRASES HECHAS, por Tovar.

Olerse el queso.



El gato (Maura) y el ratón (Solidaridad).

No llegará la sangre al río.



Torneo parlamentario á la anti-gua usanza.

Meterse en un lío.



¡En que lío tan grande se metió Allende Salazar!

Castillos en el aire.



Entretencimientos del pequeño Ferrandiz.

¡Lo que va de ayer á hoy!



Uno de la mayoría (cantando): «Este Maura no es mi Maura...»

## LOCURA DE AMOR (Suceso con ribetes de sainete)

Prólogo.



Digan lo que quieran los términos y los moralistas; los corazones de estos locos son dos volcanes.

Primer acto.



Como esto no es natural, hasta el cura se vuelve loco al ver que tratan de casarse... ¡Y por sorpresa nada menos!

Segundo acto.



Y como en estas cosas todo el mundo se vuelve loco por lo que no le importa, llegan inoportunamente los guardias.

Tercer acto.



El comisario se vuelve loco ante las locuras de estos chicos, que aún quieren hacer la mayor locura de todas.

Epílogo.



Y como el novio era el responsable, la Sociedad—que es también loca de remate—le condena, haciéndole casar... ¡A cadena perpetua!

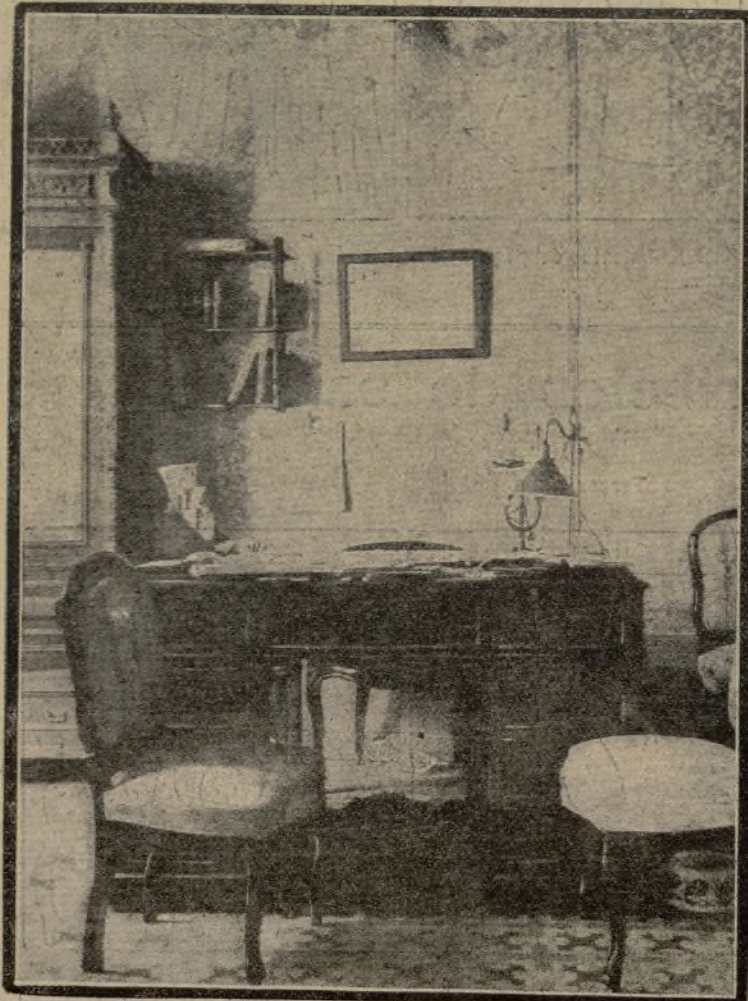


# Estafa de 265.000 pesetas al Banco de España.

¿SE FRAGUÓ LA ESTAFA EN EL CENTRO DE NEGOCIOS "CONFIDENCIA"?



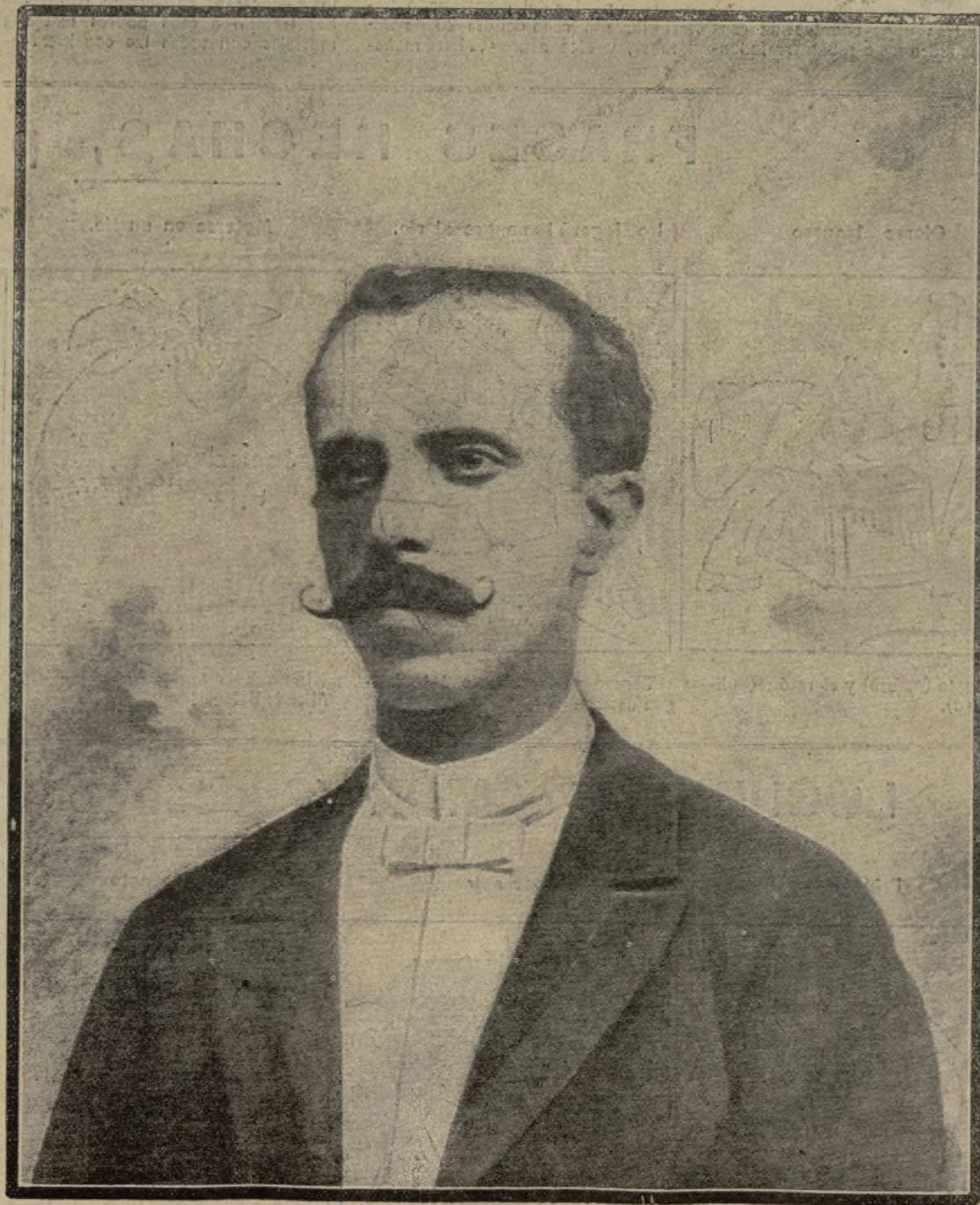
Exterior de la casa núm. 8 de la calle de Ventura de la Vega, en donde se hallan instaladas las oficinas de «La Confidencia». El balcón marcado con una cruz es el del despacho de Villarias Merino.



Interior del despacho de Villarias Merino, que fué reconocido escrupulosamente por el Juzgado en la noche del jueves, hallando en él pruebas y documentos comprometedores.



Certificado del Ministerio de Fomento, que asegura al Sr. Villarias Merino el uso del título «Confidencia» para su Agencia de negocios.



*Francisco Villarias Merino*

Retrato y firma autógrafa de D. Francisco Villarias Merino, director de la Agencia de negocios «La Confidencia», procesado como principal autor de la estafa al Banco de España.

(Fotografías Alfonso.)



# El suceso de las Trinitarias.-Una reclusa herida.

¿JOAQUINA FUÉ ARROJADA, Ó ELLA INTENTÓ ESCAPARSE?



La fuerza pública protegiendo la puerta principal del Asilo de las Trinitarias, ante el anuncio de un motín popular.

Misterioso y extraño resulta este gran suceso. Tiene además el atractivo que en la actualidad ofrecen todos aquellos acontecimientos que dividen las opiniones neas y anticlericales del país.

De madrugada, y al pie del convento-asilo que en la calle del Marqués de Urquijo poseen las monjas Trinitarias, por la parte de fachada que da á la calle de Altamirano, encontróse una joven exánime y cubierta de heridas.

Una pareja de la Guardia civil tuvo el lúgubre hallazgo. La víctima se hallaba tendida sobre una colchoneta. Vestía el colegial uniforme listado y cubría su cuerpo con un mantón á cuadros.

Conducida á la Casa de Socorro, en vista de la gravedad de sus lesiones, fué trasladada al Hospital de la Princesa.

Aquí hicieronle el siguiente diagnóstico: «Luxación humero-cúbito-radial izquierdo posterior; diatesis radio-carpiana derecha con intensa contusión de segundo grado; contusión de segundo grado en el párpado superior izquierdo; herida contusa con separación de todas las partes blandas que unen el tabique nasal en su parte inferior; contusión de segundo grado en el labio superior y espistaxis traumática.»

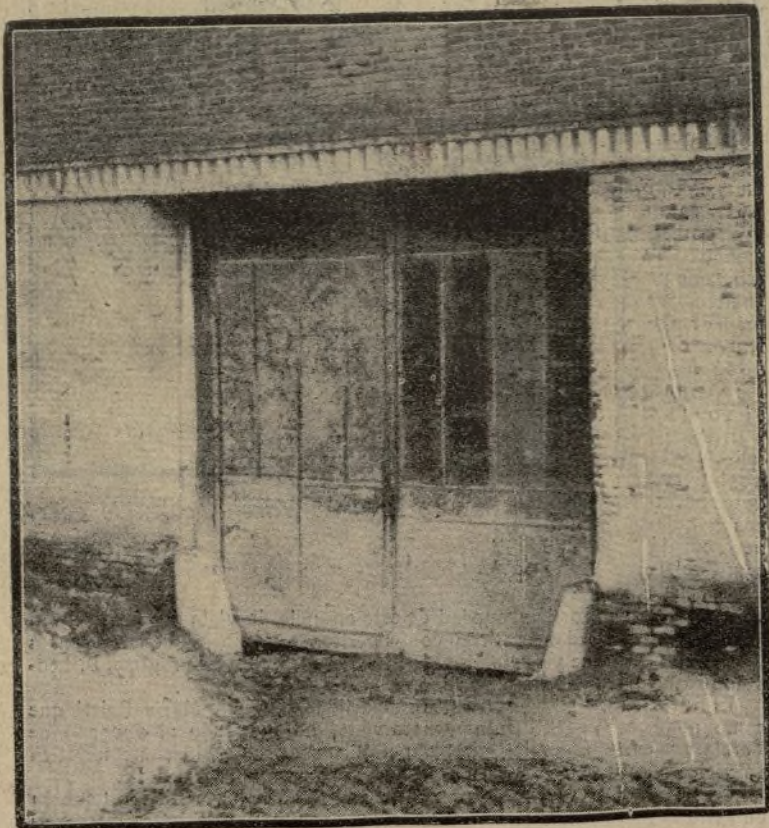
Interrogada la joven, manifestó llamarse Joaquina Serrano, de diecisiete años, y poseer el oficio de gorrera. Dijo que sostenía relaciones amorosas con un joven albañil. Contrariada por sus padres, para castigarla, la recluyeron en el convento, especie de correccional. Añade la sin ventura Joaquina, que las reverendas madres la hacían objeto de malos tratamientos, y que, noticiosas de que pensaba delatar á la familia sus martirios, la encerraron en un cuarto, pegándola hasta el punto de producirle las lesiones que padece... Ignora cómo se encontraba en el lugar en que fué hallada; pero aquí surge la figura de una vecina, vaquera de la calle de Altamirano, que ha declarado que la noche del suceso vió cómo un criado del convento salió á hurtadillas para examinar los alrededores, y que poco después de retirarse volvió á aparecer llevando á cuestas un bulto voluminoso...

Haña aquí las declaraciones de la joven herida y de esa invisible, acaso, providencial testigo.

Fáltanos consignar lo que ha manifestado la superiora sor Mariana, que es, claro está, una versión esencialmente distinta. Asegura que la asilada Joaquina era un modelo de educandas, y que por sus averiguaciones de orden interior puede evidenciar que la joven se apoderó de una colchoneta, que arrojó primero, para lanzarse después á la calle, en pos de un loco deseo de fuga, que no puede explicarse la reverenda Priora.

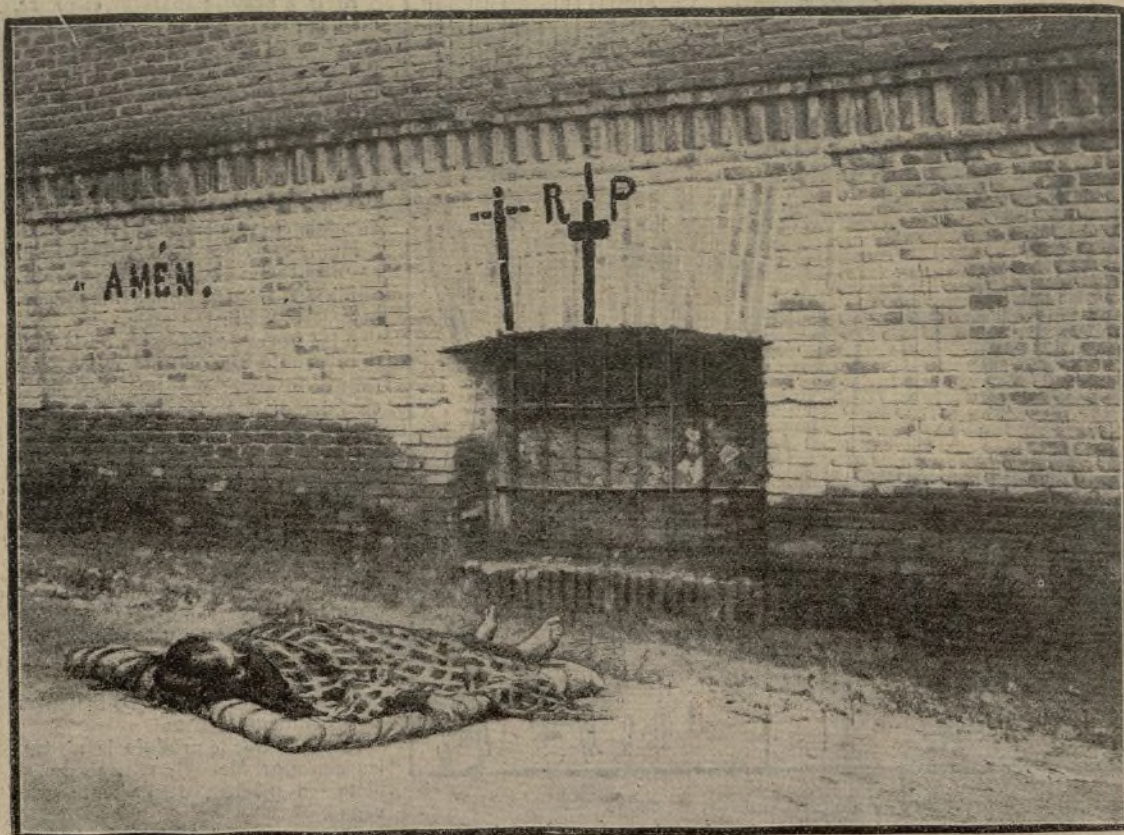


JOAQUINA SERRANO.—La reclusa herida, protagonista de este drama misterioso.



Portón del convento de la Trinidad que da á la calle de Altamirano, por donde tuvo que salir de grado ó por fuerza Joaquina Serrano. Los huecos de balcones y ventanas no ofrecen escape.

(Fotografías Alfonso.)



Lugar, á espaldas del convento, en que apareció tendida sobre un colchón la joven Joaquina Serrano. Pueden observarse en nuestra fotografía curiosas inscripciones que sobre la pared han estampado algunas cigarreras.



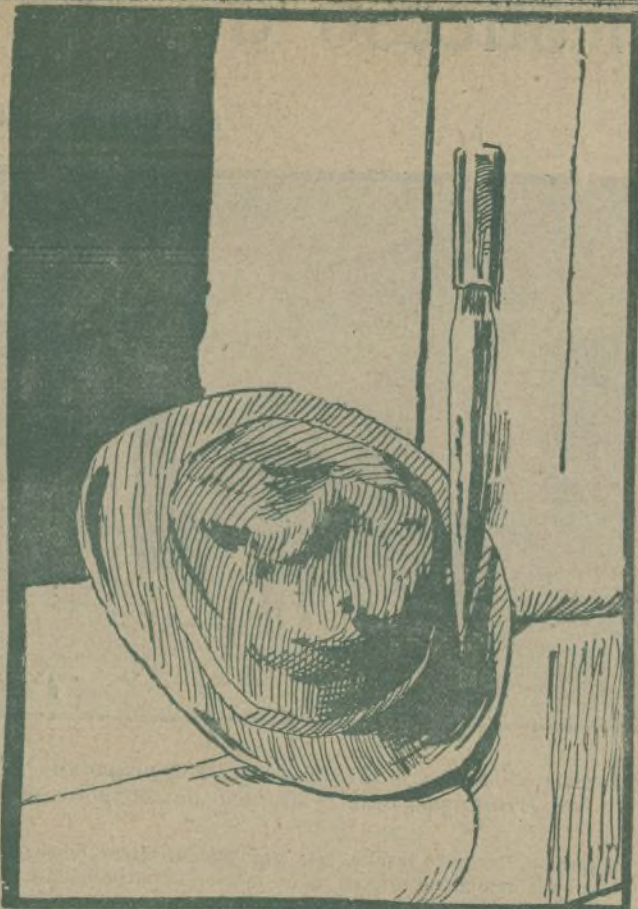
## LA TRAGEDIA DE MONTJUICH



Expresión de la cara del muerto Jaime Huguet.

Sombrero de Jaime. — Cuchillo que, ensangrentado, fué hallado á algunos pasos del cadáver de Huguet.

(Fots. Gabs, hechas expresamente en el Depósito judicial para LA SEMANA ILUSTRADA. Notas enviadas por nuestro redactor corresponsal en Barcelona señor Michel de Champourcin.)



Durante la semana pasada, el camarero Jaime Huguet, de treinta y tres años, fué asesinado mientras se paseaba por la montaña de Montjuich, en Barcelona. Su cadáver fué encontrado en circunstancias misteriosas. Unos guardias recibieron aviso de que en la carretera de Montjuich había un hombre muerto. Fueron al lugar designado. No encontraron a nadie. Al amanecer del

siguiente día acordaron volver, y cerca de los parajes recorridos la víspera hallaron el cadáver de un desconocido, con once heridas en distintas partes del cuerpo.

Junto á él estaba un sombrero; en sus bolsillos se encontraron papeletas de empeño extendidas á diferentes nombres. Los guardias recogieron un cuchillo ensangrentado á unos cuantos pasos del cadáver.

Durante los primeros días fué imposible identificar la víctima. La policía detuvo á un tal Antonio Amat, que se confesó autor del crimen y narró la escena del asesinato con gran lujo de detalles.

Mas lo curioso del caso es que Amat resulta ser un basurero, cuyos compañeros de trabajo atestiguan unánimemente que no faltó á sus quehaceres durante los días

en que debió cometerse el crimen.

Todos están acor es sobre este punto: Amat es un idiota pero no puede ser el asesino, porque ha estado constantemente con nosotros. A los seis días de exposición en el Depósito judicial, el cadáver del desconocido fué identificado por un

compañero suyo y por su propia madre.

La opinión pública sigue apasíandose en Barcelona por este crimen, porque ha sido imposible reconstituir las circunstancias en que se cometió y averiguar la ó las personas que intervinieron en él.

## CRIMEN POR UNA NOVIEZ



Pedro Rodajo, el matador del padrastro de su novia. Aparece herido en la cabeza por la piedra que su víctima le había lanzado.

El joven cuyo retrato reproducimos tiene veinte años, y mantenía desde hace algún tiempo relaciones amorosas con una muchacha de su misma edad, Josefa Orellanos.

El padrastro de ésta, Manuel Muñoz, y un hijo del mismo llamado Juan, se oponían á los amores de los dos jóvenes.

La madre, que se mostraba tolerante, salió el domingo por la tarde con los dos novios, acompañándoles por la carretera de Extremadura. De improviso apareció frente á los jóvenes el hermanastro de Josefa Orellanos, quien, dirigiéndose á Pedro Rodajo, hubo de increparle duramente. No se intimidó Rodajo por la brusquedad de la acometida, y en formas descompuestas devolvió á su con rincante los insultos que le dirigiera.

Al ir á pegarse apareció el padre, Manuel Muñoz, que se interpuso entre su hijo y su adversario, tomando partido por aquél y lanzando sobre Pedro Rodajo una pedrada.

Pedro recibió en la cabeza una fuerte contusión, y entonces, cegado por la ira, abrió una navaja que llevaba en el bolsillo y se precipitó furiosamente sobre el padrastro, hundiéndole el arma en un costado.

Muñoz cayó pesadamente sobre el pavimento con una enorme herida, por la que manaba abundante sangre. La muerte fué instantánea.

A las voces de la familia de la víctima acudió numeroso público, que rodeó el cadáver mientras la Guardia civil detenía á Pedro Rodajo, que se entregó sin hacer resistencia.

A la sucursal de la Casa de Socorro de Palacio fué conducido el agresor para que le curaran la herida de la cabeza, operación que practicaron los médicos Sres. Pérez Alvarez y Varona. Después de la cura fué interrogado por el juez de la misma Casa de Socorro, donde también declararon la novia del agresor y la esposa del interfecto.

El estado del herido homicida, Pedro, ofreció en los primeros instantes serios cuidados.

La lesión que le produjo la piedra, lanzada por Manuel, era, según el dictamen médico, de bastante gravedad.

El suceso produjo honda impresión en aquella barriada y aún sigue siendo tema de todas las conversaciones.

## REVISIÓN DE UNA CAUSA POR DUELO

En los días 11, 12, 13, 14 y 15, es decir, desde el lunes próximo, se verá en la Audiencia de Zaragoza la causa por revisión que se sigue al periodista exdirector de *El Evangelio* D. Benigno Varela, que mató á duelo al también periodista don Juan Pedro Barcelona.

El primer jurado absolvió á Varela, y el defensor de éste en la revisión, don Julio Burillo, abogado del ilustre Colegio de Zaragoza, ha hecho público que se propone demostrar no sólo la gran corrección de Varela, que ya enalteció su primer defensor don José Alvarez Arranz, sino que pondrá de relieve «la deslealtad de los padrinos, á quienes acusará como falsificadores de actas de honor».

Por la gravedad de este anuncio, la vista promete ser sumamente accidentada. Asistirán como peritos el famoso duelista francés E. Laberdesque, que ya ha salido de París en dirección á Zaragoza, D. Leopoldo Romeo y D. Rodrigo Soriano.

El notable esgrimidor y *sporman* madrileño D. Guido María Paleri, que compareció como perito en la primera vista, ha mandado al abogado de Varela una carta, que publican los periódicos de la región, encomiástica para el procesado y acusadora para los padrinos.

Gómez Carrillo, el famoso cronista de *El Liberal* ha publicado también un bello artículo defendiendo á Varela. Gómez Carrillo se batió á espada con Varela hace dos años, hiriendo el primero al segundo.

Han anunciado su negada á Zaragoza, con motivo de esta causa célebre, muchos periodistas extranjeros y de Madrid. Gaston Rouvier llegará representando á *Le Journal*; León Puget, á *París*; Madrid, *L'Eclair*, *Le Petit Parisien*, etc.



Ultimo retrato de Benigno Varela, obtenido en el hospital.

(Fotografía de Mur, Zaragoza.)



# COSAS DEL OTRO JUEVES

Estamos en pleno imperio del *chauffer*.

El mecánico automovilista dispone de las haciendas de los ricos y de las vidas de los pobres.

Este nuevo *señor de rula y bocina* ha venido a sustituir al medioeval *de horca y cuchillo*; su traje de cuero es la reminiscencia de las antiguas cotas, y su caperuza y sus gafas, de las viejas cimbras; los *caballos de vapor* que conduce tienen la potencia arrojadora de cien mesnadas.

Para que nada falte en el simil, tiene su *tro nipa* anunciadora que se oye en los contornos.

Como entonces al paso de aquellos tiranos, todos nos detenemos hoy á su paso sobrecogidos de espanto ó de respeto, y día llegará, no muy lejano, según se van poniendo

las cosas, en que nos prosternaremos ante nuestro *señor, el chauffer*, y le daremos gracias porque se ha dignado no disponer de nuestras vidas.

Exento de toda responsabilidad casi exento por la parvedad de las leyes viejas que no previeron este nuevo *sport del atropello*, sin finalidad y por capricho, ni siquiera dignan prestar auxilios á sus víctimas, sino que se dejan destrozadas en los caminos para que las entierran y las lloren los allegados.

No nos faltaba á los españoles,

retrotridos á los tiempos primitivos por la política reaccionaria de nuestros gobernantes, más que esta nueva reencarnación del *señor de horca y cuchillo* para vivir en pleno feudalismo.

Aquellos señores, siquiera salían alguna vez á la gu... proporcionaban días de gloria para su patria; pero estos no salen más que á dar un paseo y suelen proporcionar días de luto.

Esta, como todas las arcaicas instituciones, ha sido, en su adaptación, alterada. Des... y...



mulas, caballos, perros, cerdos y gallinas, y en los poblados con la especie humana. Sin olvidarse de sí mismos, pues también se diezman en una proporción alarmante con arreglo á la cantidad de coches y al número de marcas.

De modo que andando el tiempo, poco tiempo relativamente, la tierra quedará despoblada, y el último superviviente, que será el *chauffer* del coche más resistente de la marca

—Vengo á decirle que por lo que se refiere á la Tierra, puede dar el Mundo por terminado.

—¿Qué dices?

—Que allí no ha quedado nadie más que yo para contarlo y para acreditar la marca.

—Os he adelantado á los de signos de Dios, que tenía decidido para más adelante el fin de todos los seres que pueblan la Tierra.

—Se conoce que en su previsión



mentandola lo perjudicia y m... lico.

El *chauffer* es omnipotente y el automóvil inviolable.

Quizás por eso tiene este *sport* tantos admiradores y tantos enemigos.

La mujer, por su instintiva seducción por todo lo que representa grandeza y poderío, siente verdadera obsesión por el automóvil y predilección por los que lo manejan.

Cuántas virtudes no se han rendido á los placeres del *auto*! ¡Cuántas mujeres, alucinadas por el vértigo, no se han entregado por esas carreteras en brazos de estos tiranos á ochenta ó cien por hora!

¿Qué es esto, sino una reminiscencia del medioeval *derecho de pernada*?

¡Cuántas jóvenes secuestradas; cuántos maridos burlados por el poderío del *auto*!

El polvo que levanta á su paso envuelve, de día, los pueblos como en un incendio; de noche, brillan sus faros en la oscuridad de las carreteras como los ojos de un monstruo.

Ellos van acabando en los campos con la especie zoológica á fuerza de atropellar y destrozarse bueyes,

más acreditada, podrá presentarse en el cielo, después de haber destrozado en un choque el último automóvil, aplastando á la última criatura, y entablar con San Pedro el siguiente diálogo:

—¿Está el Padre Eterno?

—Sí, señor; pero no necesita *chauffer* porque no usa automóvil.

—Hace muy bien; si le usase dejaría de ser Eterno, pues en los autos hasta Dios se estrella.

—Entonces, ¿qué quieres?

infinita no contó con la invención del automóvil.

—Si contó. ¡Como que es un castigo divino por la maldad de los hombres; pero no creyó que os lo aplicarais á tantos kilómetros por hora.

¡Habéis puesto en la *cuarta velocidad* las iras del Altísimo! ¡Insensatos!

EL SASTRE DEL CAMPILLO

(Dibujos de SANCHÁ.)

## CINEMATÓGRAFO SEMANAL, por Tovar.

El muerto al hoyo...



¡Oh, víctimas del carlismo! Los duelos, con pan son menos. ¡Vivamos Chapa y yo mismo!... ¡M'alegrito veros guenos!

Adivinanza con premio.



Dime de quién es la mano que me ha dado este pellizco, y juro por Sánchez Guerra que te doy 10.000 duros.

«Más cornás da el hambre.»



Esta pobre fué al Asilo después de ir al Hospital; al hambriento no lo salvan D. Paz ni sor Caridad.

«Militares y Paisanos.»



—Por lo visto, os ha gustado bastante el último estreno de la Princesa. —¿Qué quieres? —Se trata de un compañero!

El pregón del tiempo.



A la puerta del cuartel un pregonero cantaba: «¡Que lo llevo calentito!... ¡El pan de boda, muchachas!»



